

CATOLICIDAD DE LA "ECUMENE" Y  
SANTIDAD MÁS ALLÁ DE LA IGLESIA  
"Creo en la Santa Iglesia Católica y en la Comunión de los santos"

*Aloysius Pieris, S.J.*<sup>1</sup>

**INTRODUCCIÓN**

**Copartícipes, en pie de igualdad, en una misión común**

Agradezco vivamente la invitación que me han hecho la CCA, el EISD y el NCC a compartir mi visión de ecumenismo ante tan eminente asamblea de delegados de Iglesias de toda Asia. El actual clima de esperanza nacido del cese de hostilidades entre el Estado de Sri Lanka y las Milicias Tamiles ha dado paso a un ambiente propicio para charlas como ésta. Y es que, durante las dos décadas pasadas, las Iglesias de Sri Lanka han sido educadas por el Espíritu Santo en la tarea de la reconciliación y la justicia al haber sido arrastradas, quisieran o no, al torbellino de conflictos que nosotros mismos, por nuestra culpa, habíamos desencadenado. Esta experiencia me ha convencido de que todas las Iglesias, incluidas las representadas en esta asamblea, pueden forjar una fructífera amistad en medio de nuestra fragmentada cristiandad con sólo hacer algún ligero cambio de énfasis en la praxis habitual ecuménica.

Cuando digo "algún ligero cambio de énfasis", estoy queriendo decir un gran paso hacia delante. Sugiero que la actual preocupación por la reconciliación doctrinal entre las Iglesias (con trasfondo de una abierta o encubierta indulgencia hacia la intercomunión), sea suplementada e incluso superada por un programa intereclesial de acción conjunta fundamentado directamente en el *dobles envío* que, a pesar de nuestras divisiones, sigue siendo todavía el origen común *apostólico* de todas nuestras Iglesias y la base *espiritual* común de nuestro ecumenismo.

**EL DOBLE ENVÍO**

La expresión "dobles envío" alude a **los doce Apóstoles** (literalmente, los doce *enviados*, es decir enviados por Cristo en nombre del Padre) y alude igualmente al **Espíritu Santo**, el *enviado* por el Padre (Jn 14,26) y por el Hijo (Jn 15,26) en

---

<sup>1</sup> En las Jornadas Ecuménicas organizadas por las Iglesias Cristianas de Asia (CCA) en Colombo (Sri Lanka) los días 28 y 29 de Julio de 2002, dos de las conferencias corrieron a cargo del Profesor Aloysius Pieris. Publicamos aquí la primera de ellas, dejando la segunda para un próximo número y agradeciendo al autor su gentileza en ofrecérselas como primicia (*Nota de la Redacción*).

cumplimiento de la promesa.<sup>2</sup> Porque, como señala el Cardenal Congar, “el Espíritu Santo y los apóstoles aparecen *juntos* en Pentecostés”<sup>3</sup>. Gracias a este doble envío, las distintas denominaciones cristianas comprometidas hoy en el diálogo ecuménico pueden y deben llamarse “Iglesias apostólicas”.

Estos dos “Enviados”, es decir, **los Doce y el Espíritu Santo** actuaron *en pie de igualdad* en una misión común, ofreciéndonos un ejemplo de lo que los teólogos greco-ortodoxos han llamado *sinergia* (literalmente, “co-operación”, es decir *operar juntos*). **Los Doce** prologaron una de sus decisiones “sinérgicas” con este rotundo anuncio: “Nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros” (Hech 15,28). El Espíritu y los Apóstoles decidieron y actuaron como co-agentes (*synergoi*) de la misma misión. Un precedente que debemos seguir hoy también.

## ACCIÓN “SINERGÉTICA”

Todas nuestras Iglesias hacen remontar su origen a esta comunidad nuclear de Jesús, el Nuevo Israel, simbólicamente expresado como *Los Doce*, el cual no sustituye al Primer Israel compuesto por las Doce Tribus sino que comparte su esperanza en el Espíritu prometido por Yavé e insuflado sobre nosotros por Cristo Resucitado. Obrando sinérgicamente, como hicieron *Los Doce*, a una con el Espíritu en la Misión de Cristo es como **nosotros nos re-fundamos como Nuevo Israel, es decir, como Iglesia de Cristo**. A mi entender, esta es la implicación más profunda de la manoseada expresión “Sucesión Apostólica”.

Si, de acuerdo con una Mariología que parece menos ofensiva para los no Católicos Romanos, María es el primer discípulo de Cristo y *el* modelo de la Iglesia, o más exactamente, la Iglesia-antes-de-la-Iglesia, en tal caso tendremos ahí otro precedente de acción sinérgica. Porque en los credos más antiguos las Iglesias confesaban “que el Señor Jesús se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María” (*ex pneumatos hagiou kai Marias parthenou*), no “*por* el Espíritu Santo *de* la Virgen María” (*de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*) como comenzamos a recitar quizás ya en el siglo quinto.<sup>4</sup>

En esa fórmula más primitiva, la Iglesia parece haber confesado que María, su prototipo, actuó como “synergós” o co-agente con el Espíritu en la concepción del Redentor. Y tal fue también el caso de la Iglesia llamada *Los Doce*, los cuales fueron “*synergoi*” o co-agentes con el Espíritu en la incesante formación y crecimiento del Cuerpo de Cristo en la tierra.

Por todo ello apelo en primer lugar a las Iglesias de la Comunión Romana para que abandonen la “teoría instrumental”, de origen aristotélico-tomista, que nos hace instrumentos (eso sí, conscientes y libres, pero instrumentos al fin y al cabo) en las manos del Divino Agente; y apelo también a las Iglesias de la Reforma para que se convenzan de que *sola gratia* significa que hemos sido perdonados tan graciosamente

---

<sup>2</sup> Ver Yves Congar, OP, *The Mystery of the Church*, Geoffrey Chapman, London, 1965, 105ss.

<sup>3</sup> Ibid. 119. El énfasis es mío

<sup>4</sup> John Moorhead, “Mary and the Incarnation”, *Greek Orthodox Theological Review*, 34/4, Winter 1989 (347-355),349. Ahí se sugiere que esa fórmula menos antigua pudiera retrotraerse a un discípulo de Agustín, Fulgentius de Ruspe, quien habría combinado el uso alternativo que hacía su maestro de las dos fórmulas

que hemos sido elevados a ser copartícipes en pie de igualdad en la actividad re-creativa del Espíritu; hasta tal punto hemos sido perdonados, es decir, hasta tal punto hemos sido llenados del Espíritu de Cristo que hemos quedado cualificados (sólo por gracia) para ser Sus co-agentes (*synergoi*) en una misión que compartimos con El-Ella. *Nosotros y el Espíritu somos enviados juntos* a una misión por nuestro Padre Maternal a través del Hijo. Este “**ser enviados juntos con el Espíritu**” es lo que nos hace ser la Iglesia. Y por eso somos *co-responsables con el Espíritu* de este planeta y de sus habitantes. **La agenda del Espíritu es nuestra agenda.**

## EL ARTE DEL DISCERNIMIENTO

De ahí que las Iglesias deban volver a aprender el antiguo arte de (por usar un término paulino) la *diakrisis*, es decir, el arte de discernir lo que el Espíritu dice a las Iglesias, para que no “entristezcamos al Espíritu” (Ef 4,30). Porque estamos acompañados, como individuos y como Iglesia, por una Persona Divina a la que las Escrituras nos la presentan no sólo como nuestro *Maestro Interior*, siempre dispuesto a instruirnos (Jn 16,13) ni sólo como *nuestro Consolador* que está a nuestro lado y se pone a nuestro favor (Jn 14,16), sino también, por así decirlo, *nuestro Secretario Personal* que nos recuerda, cuando y como sea necesario, lo que Cristo hizo y dijo, de tal manera que podamos nosotros hablar y actuar como Cristo desea que lo hagamos (Jn 14,26; 16,12-15). ¡Qué privilegiados pecadores somos por tener tal escolta y qué desdichados por haber perdido el arte de consultarle!

En nuestra agenda ecuménica deberíamos dar absoluta prioridad a este prístino arte de discernimiento del Espíritu, especialmente en este tiempo en que las Iglesias, intimidadas por la amenaza del mercado global, se enfrentan a un reto sin precedentes y que no pueden abordar por separado. Este reto exige no sólo una red de trabajo conjunto sino también una activa participación en la base a la hora de tomar decisiones, elaborar proyectos y visualizar la pastoral, por no hablar de la obligación de crear marcos más eficaces de pensamiento, de testimonio y de culto. Se trata de una gigantesca empresa que nos obliga a un proceso de discernimiento Espiritual, es decir, inspirado por el Espíritu, proceso al que las Iglesias ya no recurren, a pesar del hecho de que en oscuros monasterios reposa escondida una larga tradición de “Discernimiento de Espíritus” avalada por siglos de experiencias acumuladas que esperan ser re-descubiertas y puestas al servicio de las Iglesias.

El arte de *diakrisis* consiste en esa variedad “silenciosa” de renovación carismática o pentecostal capaz de garantizar nuestro misionar sinérgico con el Espíritu. Porque el “ser poseído por el Espíritu” no es “sinergia”. Los éxtasis y otras alteraciones de la conciencia son lo que San Pablo llamaría *psychika* (fenómenos mentales) o *sarkika* (fenómenos físicos), toda vez que no trascienden necesariamente el Adán irredento que hay en nosotros. Lo que el Apóstol quiere ver en los cristianos que se precian de experiencias del Espíritu es *pneumatika*, es decir, acciones en las que la conciencia y la voluntad humanas actúan plenamente *en el Espíritu*. La “persona psíquica” (*anthopos psykikos*) es esa persona natural o adámica que no puede discernir “las cosas del Espíritu” (*pneumatika*), las cuales, según Pablo, sólo pueden ser “discernidas espiritualmente” (*pneumatikos anakrinetai*: 1Cor 2,13-14). ¡Qué servilmente imitamos lo que sucedió en la Iglesia de Corinto sin dejarnos guiar por las precavidas advertencias del Apóstol con respecto a tales fenómenos! El Pentecostés que nosotros esperamos y el

carisma que deseamos son regalo del discernimiento, *diakrisis*, condición *sine qua non* de todo compartir sinérgico con el Espíritu.

## LA QUÍNTUPLE AGENDA DEL ESPÍRITU

Con estas premisas, podemos ahora discutir la actividad de cinco dimensiones en la que *el Espíritu y nosotros* ejercitamos nuestra misión sinérgica dentro de un proceso de continuo discernimiento. Estos cinco campos de “sinergia” han quedado recogidos en el Credo Apostólico como parte de nuestra fe en el Espíritu Santo. En este Credo, las Iglesias, desde tiempos muy antiguos, han proclamado su fe no sólo en Dios Creador y en el Hijo Redentor sino también en el Espíritu de Dios que resume estas mismas actividades divinas y las lleva adelante en una perspectiva de cinco dimensiones. ¡Nuestro mismo compromiso con estas cinco tareas es parte y lote de la proclamación de nuestra fe en el Espíritu Santo! Porque a la confesión “*creo en el Espíritu Santo*” siguen inmediatamente cinco artículos tan propios de la agenda del Espíritu Santo *como de la nuestra*:

La santa Iglesia católica  
La comunión de los santos  
El perdón de los pecados  
La resurrección de la carne  
Y la vida eterna.

Quiero discutir con vosotros solamente los cuatro primeros campos de nuestra acción sinérgica. El quinto y último tema (la vida eterna) lo descarto, no porque me proponga yo también dejar mi agenda inacabada, sino porque “la vida eterna” es el horizonte escatológico en el que se realizan las otras cuatro actividades.

En este artículo trataré los dos primeros temas de la agenda del Espíritu y de la nuestra: *la santa Iglesia católica y la comunión de los santos*. Dicho de otro modo, mis reflexiones irán enfocadas a la *santidad y catolicidad* de la Iglesia en relación a su obligación de *comulgar con todas las personas santas*, incluso más allá de sus fronteras visibles. Más aún: el presente discurso es una clarificación teórica hecha con vistas a algo más pragmático que quiero ofrecer en el siguiente y último artículo.

El presente tema, la *santa Iglesia católica y la comunión de los santos*, puede resumirse en dos títulos superpuestos:

**Primera Parte:** la santidad dentro de una Comunión de santos es la Catolicidad de la Iglesia.

**Segunda Parte:** la Catolicidad es la Santidad globalizada del Reino de Dios de justicia.

## PRIMERA PARTE LA SANTIDAD EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS COMO LA CATOLICIDAD DE LA IGLESIA

## LAS NOTAS DE LA IGLESIA

El Credo apostólico menciona la *santidad* y *catolicidad* de la Iglesia como las “notas” o características distintivas de la Iglesia. Son el sello del Espíritu que autentica a una Comunidad-de-Jesús. Las subsiguientes fórmulas del Credo, tales como las de Nicea y Constantinopla, añadieron otras dos “notas” más en respuesta a las necesidades de los tiempos. También nosotros podemos aumentar hoy el número, siguiendo el ejemplo de Martín Lutero quien a las “notas” acostumbradas en los Credos añadió hasta siete más.<sup>5</sup>

No es mi intención multiplicar tales signos de la Iglesia en respuesta a las necesidades de los tiempos sino más bien *re-interpretarlos* de acuerdo con “el espíritu de nuestros tiempos”, es decir, de acuerdo con lo que el Espíritu dice a las Iglesias de hoy. Es un *ejercicio de discernimiento*.

La santidad (*qodes* en hebreo; *qados* es el adjetivo y *qades* el verbo) es rigurosamente un atributo exclusivo de Dios y que, en el contexto cúlrico, se extiende a lugares, cosas y personas en relación con la santidad del mismo Dios. El Templo es santo porque santo es el Dios que allí se adora. Cada uno de nosotros es santo porque cada uno de nosotros está consagrado por el Espíritu Santo de Dios para ser su templo; y por la misma razón son santas las Iglesias.

Es, pues, claro que esta santidad depende de la Presencia de Dios. Lugar santo era, supuestamente, el Templo de Jerusalén, pero en Lucas (19,46) quedó convertido en “cueva de ladrones” y Juan (2,16) lo llamó “una casa de negocios” (*oikon emporiu*) porque el Demonio-Dinero había usurpado el lugar de Yahvé. El Espíritu consagra y Mammón profana. De esta forma la santidad va íntimamente unida a la renuncia a Mammón, el capital absolutizado. Esto significa que la pobreza evangélica exigida a todos los discípulos de Cristo en el sermón de la montaña no es un “extra” opcional dirigido a quienes buscan la perfección sino la calificación básica para entrar y servir en el Reino de Dios. Así pues, una Iglesia Santa es esencialmente una Iglesia Pobre, es decir, una Iglesia que visible y palpablemente ha renunciado al dominio de Mammón por amor al Reino de Dios.

Tratándose aquí de un encuentro ecuménico, quiero en este punto apoyarme en Juergen Moltmann, ya que es un teólogo luterano críticamente leal a las Iglesias Reformadas y a la vez constructivamente crítico hacia la Comunión Romana. Según este teólogo, *la Iglesia es santa en su pobreza*, una pobreza que se pone de manifiesto (a) cuando la Iglesia humilde y abiertamente confiesa *su propia culpa y arrepentimiento* y (b) cuando con valentía y visiblemente profesa *su solidaridad con los pobres y los oprimidos*.<sup>6</sup>

Quisiera desarrollar estas percepciones sin, desde luego, implicar a este teólogo en los múltiples comentarios y reflexiones que quiero ofrecer a continuación.

---

<sup>5</sup> Juergen Moltmann, *The Church in the Power of the Spirit*, London, SCM Press, 1977/1992, 340.

<sup>6</sup> *Ibid.* 352-357.

## LA SANTIDAD COMO LA POBREZA DE PECADORES PERDONADOS

El primer tipo de pobreza, que sirve como signo de la santidad de la iglesia, es, paradójicamente, su **condición de pecadora**, una condición de pecadora que comparte humildemente con el resto de la humanidad. Nuestra solidaridad con el resto de los pecadores nos habilita para presentarnos como un pueblo *perdonado y santificado* lo mismo que el resto de los pecadores. Nuestras iglesias son solo un sacramento de lo que Dios está haciendo a escala universal. La santidad de la iglesia, que no estará completa hasta el Tiempo-Final, es el signo legible de una *comunión de los santos* que potencialmente abarca a toda la humanidad. En otras palabras, no somos santos por encima de otros ni más santos que otros. Más bien, estamos llamados a ser testigos de la fuente de esa santidad que es universalmente, es decir católicamente, operativa. A todas las manifestaciones de santidad fuera de la iglesia, decimos “*si*” a través de una humildad visiblemente arrepentida. Esta es simultáneamente nuestra pobreza y nuestra santidad.

Resumiendo: Las iglesias solo son santas en cuanto son una expresión discernible y testigos vivos de una oferta universal de perdón, es decir, una prueba visible de la libre disponibilidad del Espíritu para todas las criaturas de Dios por caminos misteriosos solo por El conocidos. Después de todo, este Amor Perdonador de Dios, que ha dejado esculpida una fecha en la historia humana en Cristo crucificado *sub Pontio Pilato*, no es otra cosa que el Espíritu de Cristo “derramado sobre toda criatura” (Joel, 2,28) en orden a una *Comunión de los Santos* que traspasa fronteras eclesiales y es, por tanto, *Católica* en su inclusividad.

De este modo las iglesias expresan su santidad, es decir, su ser incesantemente perdonadas, cada vez que cualquiera de ellas, impulsada por el Espíritu, reconoce su condición pecadora y pide perdón por sus víctimas. Moltmann cita el ejemplo de las Iglesias Protestantes en Alemania después de la Guerra y las Iglesias en los antiguos países coloniales admitiendo públicamente la culpa en un visible espíritu de arrepentimiento. Un gesto semejante tuvo Juan Pablo II al final del Milenio.

El acto de reconciliación más dramático, que manifiesta una “pobreza en espíritu” es el atribuido a Pablo VI vis a vis con la Iglesia Ortodoxa Griega. No se conformó con revocar la Bula de excomunión sobre Constantinopla que, en 1054, el Cardenal Humbert, como legado del Papa León IX (Que ya había muerto en aquella fecha) dejó sobre el altar de Santa Sofía; no, Pablo VI fue más allá. En 1975, durante una celebración eucarística conmemorando el décimo aniversario de su propia revocación de aquella excomunión, este Papa, según se dice,

*Cayó de rodillas ante el Metropolitano Melitón, el enviado del Patriarca de Constantinopla, y besó sus pies. Con tanta más razón Pablo VI dijo, “estamos comenzando una nueva fase de nuestra reconciliación con la voluntad común de que sea la conclusiva”.<sup>7</sup>*

---

<sup>7</sup> D. Fernández. “Ecumenical Misión of the Religious” en José Cristo Rey García Paredes, Ed., *Pasión for Unity, Religious in the Churches*, Claretian Publications, Quezon City, 1989, 39-40. Énfasis añadido

Santidad es, por tanto, el opuesto del Fariseísmo, es la “pobreza espiritual del pecador arrepentido”, la humildad del publicano que volvió a su casa justificado (Lc. 18,10-14). Nosotros, las Iglesias, estamos llamados a ser testigos de este estilo de santidad en la agenda del Espíritu para el Ecumenismo, *para que el mundo sepa a qué hemos sido enviado sal mundo* escoltados por el Espíritu de Cristo (cf. Jn. 17,21) para el perdón de los pecados.

## SANTIDAD COMO SOLIDARIDAD CON EL POBRE

La segunda observación de Moltmann sobre “Santidad en Pobreza” se podría formular así: nuestro ser co-víctimas con Cristo crucificado, de lo que damos testimonio con nuestra solidaridad con los pobres de esta tierra (es decir, nuestra identificación con las víctimas de la injusticia) es el signo más eficaz de nuestra santidad. Porque los santos venerados por la Iglesia, observa Moltmann, fueron los mártires, “que en su comunión visible con el crucificado Jesús, dieron testimonio de su gloria invisible”

Los amigos de Jesús que fueron llamados al discipulado y la misión mesiánica, lo dejaron todo y se hicieron pobres por el Reino. La iglesia de Jerusalén fue llamada “los santos pobres en Jerusalén (Rom. 15,26). Pablo recogió dinero para ellos en Macedonia y Acaya. Cristo mismo “a quien Dios hizo nuestra santificación” “se hizo pobre por vosotros para que por su pobreza os hicierais ricos (2Cor. 8,9). Por tanto la iglesia es santificada cuando participa en el abajamiento, indefensión, pobreza y sufrimiento de Cristo. La gloria de la iglesia se manifiesta a través del signo de la pobreza.<sup>8</sup>

A la luz de estas observaciones de Moltmann, quisiera llamar la atención sobre las bienaventuranzas donde Jesús habla simplemente de *los pobres como tal* sin ponerles etiqueta alguna, religiosa o de otro tipo. Si uno es pobre es su discípulo. El Reino de Dios es de los Pobres.

Pero hay dos categorías de pobres mencionados en los Evangelios.<sup>9</sup> Las Bienaventuranzas de Mateo mencionan a “los pobres de espíritu”; Lucas habla de “los pobres”. Estos son respectivamente los “desprendidos” y los “desposeídos”. Los primeros se han hecho voluntariamente pobres por del Reino de Dios, sea cual sea el nombre por el que se le reconozca y denomine, mientras que los otros se han visto forzados a ser pobre por la Ley del Terror de Mammon. Mientras que los desprendidos buscan y encuentran el Reino de Dios, es el Reino de Dios quien busca y encuentra a los desposeídos. La primera categoría de pobres *renuncia a sus propias riquezas*, la segunda *denuncia su propia pobreza*. Su lucha común encuentra una **santa alianza** solo en un Reino de Justicia. **Es esta santa alianza por la justicia lo que constituye la comunión de los santos**, a la que las Iglesias están llamadas a testificar de palabra, con hechos y con el estilo de vida. De ninguna otra manera puede una iglesia llamarse santa.

---

<sup>8</sup> Moltmann, 355

<sup>9</sup> Para una discusión detallada y comprensiva de estas dos categorías de pobres, ver mi obra *God's Reign for God's Poor: A Return to the Jesus Formula*, Kelaniya, 1999.

A esto se añade el hecho de que la inmensa mayoría de los Pobres de ambas categorías son no-cristianos, aquí, en Asia. El Espíritu que se derrama sobre *toda carne* según la Promesa, ha estado animando este *Cuerpo no-Cristiano de Cristo*. Porque Cristo reúne no solo a los que renuncian a Mammón (los desprendidos) y a las víctimas de Mammón (los desposeídos) como su propia Persona corporativa, dictando sentencia de fin-de-los-tiempos sobre las naciones a través de ellos (Mt. 25,36ss y paralelos).

Aquí nos enfrentamos a un serio dilema entre la afirmación de la iglesia de ser el Cuerpo de Cristo, como lo declara Pablo, y la afirmación de Cristo de que las víctimas de las naciones son su “a mí” (a mí me lo hicisteis) su “persona”, su verdadero Cuerpo. La única solución a este dilema está en que la iglesia se identifique con tales víctimas y así se haga un Cuerpo con ellas para hacerse así un Cuerpo con Cristo. En verdad la iglesia queda *marcada* con la marca de santidad cada vez que el Espíritu que gime en las víctimas de Mammón es escuchado y reconocido en lo que ella dice enseñar con la autoridad de Cristo.

Conclusión: La “lucha *por ser* pobre” y “la lucha *por* el pobre” juntamente definen la Santidad que el *Espíritu y nosotros* hemos prometido juntos *globalizar* en una Comunión de los Santos. Esto es lo que denominamos *catolicidad*, esa otra marca de la verdadera Iglesia de Cristo. Catolicidad no es *una cualquiera* de las “marcas” de una Iglesia; es una *cicatriz* que marca una iglesia ante los ojos de los adoradores de Mammón, una herida que lleva una Iglesia que está crucificada en el proceso de luchar junto con el Espíritu para globalizar la Santidad del reino de Justicia de Dios como respuesta al grito de los Pobres.

## **SEGUNDA PARTE**

### **CATOLICIDAD: COMO LA SANTIDAD GLOBALIZADA**

La “catolicidad” es la más elusiva de las marcas atribuidas a la Iglesia. La palabra tiene una extraña historia. En griego, el significado de *katholikos* va desde “completo” pasando por “que lo abarca todo” (“común a todos”) hasta “aquello que es justo y apropiado”. Este último uso mencionado comenzó a prevalecer a partir del siglo tercero y, en consecuencia, catolicidad se hizo sinónimo de “verdad” y “ortodoxia”. Y así, la *ecclesia católica* a la que se garantizaba la protección del estado por el Edicto Imperial de 380, se vino a reconocer como la una, verdadera, legítima Iglesia del Imperio. Aquí la expresión “católica” ha dejado de significar “universal” o “que lo abarca todo” y ha adquirido una connotación confesionalista restrictiva, como lamenta Christina Lienemann-Perrin<sup>10</sup>

### **CATOLICIDAD COMO PENTECOSTÉS**

Quiero llamar vuestra atención crítica hacia la creciente tendencia en la Iglesias a asociar la *catolicidad* con la necesidad imperativa de inculturación. Es una reacción comprensible frente al confesionalismo mencionado antes.<sup>11</sup> No minusvaloro la

---

<sup>10</sup> Christine Lienemann-Perrin, “Catholicity and Inculturation” en C.Lieneman-Perrin *et al.* (editores), *Reformed and Ecumenical: On Being Reformed in Ecumenical Encounters*, Radopi, Amsterdam/ Atlanta GA, 2000, [60-83], 60.

<sup>11</sup> *Ibid.*,63 ff.

importancia de esta tendencia en este momento de la historia, ni dudo de la validez del criticismo, con que los Cristianos Reformados han atacado la imposición de la Iglesia Católica Romana de su *romanitas* y *latinitas* sobre la iglesias de la Europa Occidental, en patente contraste con la tradición Ortodoxa de la Europa del Este; y como miembro de esta Iglesia, que se llama católica Romana, yo soy sensible y apoyo la acusación de que su política de Romanización y Latinización aún fuera de Europa equivale a un “confesionalismo” que *niega* su catolicidad.<sup>12</sup> Aun en plena conformidad con esta posición, quiero, sin embargo, sugerir que **hoy nuestro celo por restaurar la catolicidad en nuestras Iglesias, o por regenerarla, ha de ser encendida con el mismo fuego de amor que descendió en Pentecostés en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles** (Hech.2,3).

Por ponerlo más claro, quiero recordar por qué el Papa Juan XXIII invocó el tema de Pentecostés al convocar el Gran Concilio Ecuménico de nuestra era, el Vaticano II. La agenda que él tenía en mente para el Concilio era una respuesta a los “signos de los tiempos”, frase con la que apuntaba a una respuesta a “lo que el Espíritu esta diciendo a las Iglesias”. Proponía un programa en tres direcciones. A la luz de un comentario de Gustavo Gutiérrez sobre este programa papal,<sup>13</sup> puedo afirmar sin ambages e incluso demostrar que el Papa estaba ofreciendo a las Iglesias una nueva forma de entender la Catolicidad.

Las tres preocupaciones del Papa, que se solapan, parecen implicar el criticismo de que la Iglesia Romana se había distanciado de la *historia contemporánea*, se había distanciado también de *las otras Iglesias* y, finalmente, se había distanciado *de los Pobres*. El Pentecostés por el que rezaba y que pedía para la Iglesia consistía en tender un puente para eliminar la distancia entre estas tres áreas.

Este puente entre la Iglesia y el mundo moderno es lo que el Papa llamó *aggiornamento*. Este era su llamada a recobrar la *Catolicidad* perdida hacía tiempo; es decir, una llamada a actualizar el lenguaje obsoleto en el que la Iglesia se había estado comunicando (o mejor dicho *no-comunicando*) por siglos en las áreas de la doctrina, estilo de vida y culto. La Iglesia tiene que salir del ghetto y aprender a hablar un *lenguaje* que pueda entender cada nación, cada cultura, cada religión, cada generación y cada género en el mundo de *hoy*. Catolicidad es el don de lenguas, no vocear cosas ininteligibles, sino comunicar una Palabra inteligible, como las escrituras nos aconsejan (1Cor. 14,1-19) Esto equivale a la globalización de un sistema de comunicación por el que *el lenguaje del amor* que Dios habla a través de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús y también de sus co-víctimas, se enseñado *universalmente* por el Espíritu de Cristo

En lo que se refiere a la tarea de tender un puente entre la Iglesia Romana y otras Iglesias, el Concilio dio un salto ecuménico a través de varios siglos de separación. La venida del Espíritu, sinérgicamente acompañado por un arduo trabajo humano de los Padres Conciliares, dio como fruto la catolicidad que surgió cuando la Iglesia Romana minimizó la barrera de lengua que la dividía con otras Iglesias en varios temas

---

<sup>12</sup> *Ibid*; 64-67

<sup>13</sup> G. Gutierrez, “The Church and the Poor: A Latin American Perspective” que es alcapítulo 9 en G.Alberigo *et al.* (Editores), *The Reception of Vatican II*, Catholic University of America, Washington DC,1987, 171-193.

importantes tales como el ministerio en la Iglesia, el sacerdocio de los fieles, la delicada cuestión de Escritura y Tradición, la centralidad de la Palabra de Dios en la Liturgia y la vida de la Iglesia, el papel de María en la economía de la Salvación, por nombrar solamente los temas más importantes. Estos cambios irreversibles anunciaron el amanecer de una catolicidad a compartir por una *ecclesia ecclesiarum*, una *oecumene* que no tolerará ni una absorción de las otras Iglesias por parte de Roma ni una ensalada de frutas de Cristiandad que destruiría igualmente las identidades históricas de las Iglesias. **La Catolicidad es un *ser uno* que es tan prolíficamente creativo en el Espíritu como para purgar a las Iglesias de toda homogeneidad y uniformidad como una violación de su santidad.**

## CATOLICIDAD Y LOS POBRES DEL MUNDO

El tercero y último punto en la agenda del Papa encerraba la noción más explosiva de catolicidad, una especie de bomba eclesiológica que Juan XXIII dejó caer en el Concilio, precisamente el 11 de septiembre de 1962. La importancia completa de esta postura radical del Papa puede perderse aún en medio de esta audiencia de hoy, cosa que ciertamente ocurrió entonces, si no tenemos en cuenta su poderosa llamada a la justicia social que fue el prefacio de esta afirmación eclesiológica de largo alcance. Comenzó por insistir en primer lugar en la **igualdad de todos** en el ejercicio de sus derechos y deberes, después en la **inviolabilidad de la familia**, y finalmente en la obligación de **reemplazar el individualismo con la responsabilidad social**, y luego añadió estas palabras

“... confrontada por los países subdesarrollados, la iglesia se presenta como lo que *es* y como lo que *quiere ser: como la iglesia de todos*, y en particular *la iglesia de los pobres*”.<sup>14</sup>

**La Iglesia de TODOS, y en particular de los Pobres frente a la pobreza global.** Esta es la definición de catolicidad que hemos propuesto hace un momento cuando hemos observado que la Iglesia solo se hace católica cuando se reconcilia la contradicción entre *la reclamación de la Iglesia* (ser el Cuerpo de Cristo) y *la reclamación de Cristo* (que las víctimas de la injusticia son su Cuerpo) por medio de que la Iglesia se haga co-extensiva con las dos categorías de los Pobres, que están testamentados con Dios en Cristo.<sup>15</sup> Así pues, la Iglesia ha de estirarse más allá de las fronteras eclesiásticas para abrazar la santidad que le ofrecen **Dios y los Pobres testamentados como el Cristo**. La *Iglesia de todos* [no meramente una Iglesia *para todos*] es verdaderamente una Iglesia Católica. **Todos como todos y Pobres como Pobres**; sin etiquetas religiosas añadidas. La Iglesia esta llamada a abrazar a todos en orden a abrazar a Cristo.

Gutiérrez añade una posdata. Los padres conciliares estaban entusiasmados con los dos primeros puntos de la agenda papal, *aggiornamento* y ecumenismo; pero la referencia del Papa a los pobres, precedida por su insistencia en la igualdad de todos los humanos y en las responsabilidades sociales que atan a todos los humanos con los Pobres no dejó un impacto apreciable en los documentos conciliares. Me veo forzado a

<sup>14</sup> Gutierrez, 179. Énfasis y puntuación añadidas

<sup>15</sup> Sobre esta “Cristología del Testamento”, ver A. Pieris, *Christhood of Jesus and the Discipleship of Mary: An Asian Perspective* [Logos, 39/3,] 45-65

observar que **las Iglesias no estaban todavía dispuestas a recibir las marcas de santidad y catolicidad de manos de los Pobres del Mundo.**

Providencialmente los cristianos de los países pobres, en especial de América latina recogieron el guante del desafío del Papa. Las pequeñas Iglesias de los Pobres, llamadas comunidades de base empezaron a multiplicarse. A través del Encuentro de Medellín, la Iglesia Mundial empezó a oír algo sobre el arte de renovar la Iglesia desde abajo, desde las Comunidades Cristianas Básicas de los pobres. El impacto quedó claramente registrado en el Sínodo Romano de 1971 donde la creciente convicción de las Iglesias de los países pobres *por llevar la justicia a los pobres es una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio a los pobres*, se hizo enseñanza común.

Por esas fechas, e independientemente de los movimientos católicos, los protestantes asiáticos habían entrado en escena con la Teología Minjung en Corea y la Teología Dalit en la India. Al mismo tiempo las teologías asiáticas de liberación, inicialmente inspiradas por los precedentes latinoamericanos, empezaron a cobrar impulso. La Asociación Ecuménica de Teólogos del tercer mundo (EATWOT) se convirtió en el catalizador ecuménico de todos estos movimientos en los que un número creciente de grupos cristianos tomaron posiciones con Dios entre los Pobres, haciendo de la Postura de Dios su propio Punto de Vista en todo su Discurso sobre Dios. Aquí, las mujeres asiáticas han unido ahora sus manos con otros movimientos de mujeres del tercer mundo, combinando la luchas por despatriarcalizar la sociedad civil con la ambición sagrada de purgar a las Iglesia de su androcracia.

Pero es solo una gota en el océano, un rasguño en la superficie, una tormenta en una taza de té. Nuestras iglesias son cuerpos grandes, ¿no es así? Y un cuerpo grande, como el hipopótamo, se mueve muy despacio. Esta inercia ha evocado desgana entre los activistas, decepción entre los pobres y desdén entre los abogados seculares de la justicia social.

Sabemos la razón. El Espíritu está distanciado de las Iglesias, y toda la acción sinérgica parece que se ha detenido. Porque está merodeando una *Bestia Atractiva*, como solía estar en el siglo primero del primer milenio. En aquel tiempo la Bestia Atractiva era el esplendor imperial de Roma que prosperaba en un cruel sistema económico, su masivo sistema de carreteras y carros, sus colosales anfiteatros para entretenimientos violentos en una exhibición de hedonismo masivo ... mantenido todo por la despiadada maquinaria de la esclavitud. Tan atractiva era esta Bestia Romana que el aviso de Jesús ante su pompa y su púrpura (“no será así entre vosotros” (cf. Lc. 22,25-27) se había convertido en un consejo obsoleto. No es de sorprender que los escritos más tardíos del Nuevo Testamento muestren a las iglesias menos descontentas con el sistema de patriarcado y de esclavitud, los dos índices del imperialismo romano.

Lo que el Espíritu decía a las Iglesias entonces, suena también muy familiar hoy a quienes tiene oídos para escuchar: *La salvación viene no de la Bestia Atractiva sino de el Cordero degollado*. No del Demonio Dinero que devora incluso a las Iglesias sino de los Desposeídos sobre cuyas tumbas se erige su altar diabólico. No del Templo del Mercado Global, sino de su mercancía humana. No del Sumo Sacerdote del Templo de Mammón, sino de las víctimas que sacrifican en él. No de la máquina de producción de Capital sino del despojo humano que fluye de ella.

Esta es la llamada del Espíritu a globalizar nuestra fe y esperanza en la **Comunión de los Santos** –santos martirizados por este omnipresente anti-Dios. Como lo ha ilustrado la historia reciente en Méjico, la India tribal, Pakistán y en muchos otros lugares. Solo las Iglesias que están teñidas por la sangre del Cordero Degollado, y con cicatrices de las garras de la Bestia Atractiva, llevan las auténticas marcas del Espíritu – **santidad y catolicidad.**

\*\*\*\*\*